

ENSAYO

ESSAY

Pensar la ciudad hacia la sustentabilidad es desandar el camino de la planificación colonial

Imagining a sustainable city to undo the path of colonial planning

Pablo Sessano*

Citar este artículo como: Sessano, P. (2018). Pensar la ciudad hacia la sustentabilidad es desandar el camino de la planificación colonial. *Revista Nodo*, 13(25), pp. 78-97

Resumen

Parece que Bookchin, al igual Mumford o incluso pensadores no urbanistas como Marcuse, Gorz o el mismo Illich, supieron anticiparse coherentemente al escenario presente sentenciando el destino de la ciudad hace medio siglo. No casualmente su pensamiento cruzaba fronteras con el pensamiento ecologista que surgía en esos años, así como con la crítica al marxismo que daría lugar a la ecología política. Todos coinciden de una u otra forma en la necesidad de repensar las ciudades como un escenario más amplio territorial, social y simbólicamente. Tachados de extremos, escépticos e incluso antiprogresistas estos pensadores vieron en el derrotero que tomaba la ciudad su propia decadencia. Otros como Lefebvre reconocieron la centralidad excluyente que iba adquiriendo la ciudad y sentenciaron la desaparición definitiva del campo, abogando por un derecho generalizado a la ciudad. Pasando por alto, sin embargo, en lo que Bookchin fue tan claro: la ciudad burguesa, en tanto proyecto y realización de la ideología moderna del progreso

indefinido y basado sobre todo en el crecimiento económico, carga el germen de su propia decadencia. Adicionalmente la perspectiva sumada posestructuralista y posmoderna como la de Soja abre horizontes de comprensión más complejos e integrales. Y los desarrollos de la teoría decolonial, que descubre la naturaleza intrínsecamente colonializada de la ciudad latinoamericana, ubica su nacimiento en la misma conquista del Abya Yala y permite comprender su derrotero a partir de nuevos puntos de referencia. Así, tanto en su formulación teórica como el subsecuente proyecto factico, la urbe latinoamericana, es reinterpretada como un mecanismo (uno más) de la colonialidad del poder que clausuró por cinco siglos la posibilidad de imaginar otros ordenes urbanos. Pero la terminalidad representada por la crisis climática, la inefable dinámica cultural de las ciudades y la emergencia de identidades subalternas, abren nuevos horizontes para pensar sus futuros, ahora dramática y renovadamente situados.

Palabras clave: Urbanismo, Modernidad, Colonialidad, Comunidad, Participación.

Fecha de recibo: 05 de julio de 2018 • Fecha de aceptación: 05 de octubre de 2018

* Profesor, ambientalista e investigador, Argentina. Correo electrónico: refractario@yahoo.com

Abstract

It seems that Bookchin, like Mumford, or even non urban planning thinkers such as Marcuse, Gorz or Illich himself, knew how to coherently anticipate the present scenario by condemning the fate of the city half a century ago. It was not by chance that his thinking crossed borders with the ecological thinking that emerged in those years, as well as with the criticism of Marxism that would give rise to political ecology. All agree in one way or another on the need to rethink cities as a broader territorial, social and symbolic scenario. These thinkers, among others, were branded as extreme, skeptical and even anti-progressive, and saw the city's decline as a whole. Others like Lefebvre recognized the exclusive centrality that the city was acquiring and sentenced the definitive disappearance of the countryside, advocating for a generalized right to the city. This overlooks, however, what Bookchin was so clear about: the bourgeois city, as a project and realization of the modern ideology of indefinite progress and based above all on economic growth, carries the germ of its own decadence. In addition, the poststructuralist and postmodern perspective of Soja opens up more complex and comprehensive horizons of understanding. And the developments of the decolonial theory, which discovers the intrinsically colonial nature of the Latin American city, places its birth in the same conquest of Abya Yala and allows us to understand its path from new points of reference. Thus, both in its theoretical formulation and the subsequent factual project, the Latin American city is reinterpreted as a mechanism (one more) of the coloniality of power that closed for five centuries the possibility of imagining other urban orders. But the finality represented by the climate crisis, the ineffable cultural dynamics of cities and the emergence of subaltern identities open up new horizons for thinking about their future, which is now in a new position.

Keywords: Urbanism, Modernity, Coloniality, Community, Participation.

Presentación

“... la principal misión del hombre no es conquistar la naturaleza por la violencia, sino cooperar con ella en forma inteligente y amarla para conseguir los fines humanos”

L. Mumford

“Los límites de la ciudad burguesa se resumen en el hecho de que cuanto más urbanismo hay, menos urbanidad se encuentra.”

M. Bookchin

“... la humanidad negándose como especie para afirmarse como sociedad”.

V.M. Toledo

“Creciendo más allá del Leviatán, pasada una masa crítica, el conjunto asciende del monstruo al mar, pero desciende de lo viviente a lo inerte, natural o construido. Sí, las megalópolis devienen variables físicas: no piensan ni pasan, pesan.”

M. Serres

Hace tiempo, con motivo de otra nota (Sessano, 2015), y en clave educativa, nos hacíamos una serie de preguntas sobre el presente y el futuro de la ciudad. Retomaré, resumidamente, unos temas que me parecen claves para juzgar desde el presente. El objeto es ubicarnos definitivamente en el contexto de la ciudad latinoamericana actual y situar claramente mi propia perspectiva, que si bien cercana a la práctica del urbanismo, precisamente por no estar del todo inserta en ella, ve el derrotero de la ciudad más desde el sentido común de un ciudadano informado –concientizado podría decirse– que desde el ejercicio técnico o el urbanismo teórico. La ecología política aporta herramientas analíticas adicionales y en mi opinión indispensable para cualquier ensayo crítico que se proponga, como éste, juzgar la realidad urbana desde una pedagogía del conflicto (Canciani, Sessano y Telias, 2017). Buenos Aires será mi objeto de referencia, pues es la ciudad que habito y sobre la que pienso e intento educar a diario.

Cuatro escenas sobrevolaré, a modo de ensayo, yendo de una a otra para enfatizar sus inherentes vinculaciones:

- La idoneidad del planeamiento urbano que se practica, especialmente en América para conducir las ciudades hacia escenarios de sustentabilidad, dada su naturaleza como área de conocimiento.
- Las condiciones de posibilidad de la ciudad capitalista, especialmente la metrópoli o mega ciudad, para alcanzar la sustentabilidad.
- La re-inclusión de espacio no urbano, “el campo”, a la discusión y la acción sobre la sustentabilidad en general y de la ciudad en particular.
- La condición socio-diversa o cultivo-diversa propia de la ciudad como su única posible salvación.

1a. Escena: realidad urbana y planificación de escritorio

Para iniciar este especulativo reflexivo crítico sobre la ciudad del presente y su incierto futuro, la primera pregunta que nos hacemos es si la ciudad actual, no solo las grandes metrópolis sino también las llamadas ciudades intermedias, responden a la sentencia que Mumford hiciese hace más de medio siglo y que elegimos como epígrafe.

La respuesta parece obviamente negativa: lejos de ser “organización de un espacio de relación” (Borja, 2003) las ciudades han devenido en degradación de toda cooperación imaginada; el artefacto paradigmáticamente humano, tal vez la más compleja creación de la cultura, la ciudad, está resultando exactamente lo inverso de lo que quiso representar. Es la manifestación misma de la conquista y el sometimiento de la naturaleza, el abandono del cuidado y de la escala humana y la degradación de la inteligencia, o lo que sería equivalente, su identificación y reducción a lo tecnológico. “Más tecnología es más calidad de vida” dice un aviso que promociona la limitada e

implacable lógica con que el gobierno neoliberal de la ciudad de Buenos Aires encara la gestión urbanística: una insensata propuesta impuesta contra toda democracia, de “parquizar” (temeroso eufemismo de viejo uso para nombrar exactamente lo inverso) la vida urbana en todas sus facetas. Una operación tecno-paisajística sostenida en el diseño frívolo y la obsolescencia programada con la única y excluyente finalidad de generar negocios. Es la visión de la ciudad de los negocios, tal vez la peor de todas las visiones posibles de la ciudad. La que todo lo subordina a la rentabilidad, la utilidad y la maximización del beneficio particular. Una ciudad contra la comunidad, una ciudad lapidadora de lo natural y una nueva modalidad del *cercamiento de lo común* (Illich, 2007) bajo la particular versión de “lo público” del neoliberalismo. La expresión urbana de lo que Harvey (2005) llama *acumulación por desposesión*¹. El desarrollo inicial de la ciudad burguesa es en muchos aspectos comparable a la destructiva invasión del mundo colonial por las relaciones capitalistas, lo decía Bookchin en 1974.

Es la escena fundacional, de ahí en adelante todos fueron ejercicios remediadores. Ya no cabe negarlo, la ciudad ha dejado de ser el lugar del éxito de la humanidad para ser el de su holocausto; se ha convertido en la más acabada muestra de las calamidades que la especie humana ha logrado hacer con el ambiente y con la misma democracia; de su imposibilidad de poner límites éticos a una infinita creatividad antropocentrada vuelta hacia la maximización del interés individual y la reproducción del dinero. La ciudad crece sistemáticamente abonada por el lema utilitarista, como si quisiera ver realizado el tristemente célebre pronóstico de Hardin (1968) acerca de la tragedia de los bienes comunes.

.....

1 Esa idea puesta en circulación por Harvey, refiere al avance del capitalismo en su etapa actual sobre territorios y espacios aún no intervenidos por sus lógicas, cuya apropiación representan una suerte de última instancia de acumulación originaria, y tiene en el extractivismo urbano, un último correlato. Ver nota 4. Referencia obligada sobre este tópico es el capítulo XXVII del Tomo 1 de *El Capital* de C. Marx. También Bookchin 1974, p. 55.

No nos engañemos, bajo el paradigma moderno-capitalista no hay sustentabilidad posible, la ciudad tal cual es, expresa la antítesis de toda sustentabilidad. Es anti-ética y anti estética. Quienes aún creen que es posible un capitalismo sustentable pueden abrigar alguna esperanza, para quienes sabemos que no, la ciudad es el primer obstáculo hacia la sustentabilidad (y no solo de sí misma), y su expansión sin límites, un límite a la sustentabilidad en sí mismo, un proceso auto-devorador en el que el contenido es sacrificado a la forma, la realidad a la apariencia (Bookchin, 1974), y la calidad a la cantidad. Buenos Aires, México o San Pablo hace décadas son un claro ejemplo de este catastrófico derrotero.

Hasta tal punto está internalizada la idea de lo urbano como expresión “natural” del progreso técnico, la reproducción de la riqueza material y el bienestar identificado con el consumo que ha sido bloqueada la facultad de imaginar otras opciones incluso para aquellos que, como los planificadores urbanos, tienen supuestamente por finalidad profesional esencialmente crear escenarios de bienestar para un buen vivir. Este bloqueo no es privativo de lo urbano, actúa sobre el imaginario de la civilización en su conjunto, pero la ciudad opera aquí como una forma de dominación técnica hegemónica que se sostiene sobre la base de la abrumadora eficacia de los resultados alcanzados hasta hace tiempo por el “progreso” y el adoctrinamiento promovido con base en las mejorías del nivel de vida de unas minorías moralmente débiles, al que las mayorías siempre han de aspirar como si fuese posible (Sessano, 2015). Esa es la trampa capitalista, hacer del presente un eterno paso previo, una antesala vitalicia de un futuro mejor que solo llegará para pocos. Así, ciudades intermedias incluso pueblos que, por su configuración territorial, densidad de habitantes y dinámica están en condiciones de encaminarse hacia otro horizonte en su desarrollo, van contagiándose tristemente uno a uno los problemas de las grandes ciudades. Como si en el camino del desarrollo los conflictos socio-ambientales urbanos fuese

una etapa necesaria e ineludible. Sin embargo, los indicadores urbanos marcan de un tiempo a esta parte un deterioro sistemático de la calidad de vida y revelan ya un horizonte de imposibilidad técnica de alcanzar, ya no bienestar generalizado en las ciudades, sino apenas satisfacción de servicios básicos. Sobra reiterar que el crecimiento económico no viene aparejado de bienestar.

Cierto es que algunas ciudades, del mundo rico principalmente, han logrado mantener una escala y un ordenamiento bastante razonable que les permite, frente a la crisis ambiental, reformular sus aspectos críticos (energía, alimentación, espacios verdes, movilidad) y reposicionarse mejor de cara a una sustentabilidad posible. Pero no hay que olvidar que esas ciudades (y esos países ricos) alcanzaron ese estatus, en buena medida gracias a las riquezas obtenidas de países colonizados y colonializados (Quijano, 2014)², además de que la configuración demográfica europea favorece una criticidad menor en ese aspecto. Pero sostener ese estatus requerirá, mantener la relación desigual respecto de los países pobres (que se refleja por ejemplo en la proyección extraterritorial de sus huellas ecológicas, lo que es una forma de extractivismo colonial) o en su defecto, con criterio del todo opuesto ingresar en un estricto itinerario decrecentista que implicaría abandonar privilegios y adoptar otra ética³. La vía por la desmaterialización de la economía es más ficción que realidad y no será suficiente para sostener niveles de vida urbanos propios de sociedades fundamentalmente basadas en altos niveles de consumo de carbono.

La ciudad latinoamericana, por su parte, es la configuración urbana del territorio históricamente saqueado que fue la contracara que ha facilitado

.....

2 Walter Mignolo en diversos trabajos, establece una distinción entre colonizados y colonializados, según la cual la primera refiere a la dominación y ocupación territorial o la subordinación económica, mientras la segunda supone la internalización de la lógica del dominador en el dominado (Garrido Ramos, 2016).

3 Improbabilidad patentizada en el fracaso de las cumbres sobre Cambio Climático.

con su subordinación y errático y desigual crecimiento, el estado de bienestar de una provincia hegemónica como la ha llamado Dussel (1994). Los que la habitamos, siempre tratamos de suavizar la situación recreando esperanzas en un posible re-encaminamiento hacia una habitabilidad más humana, pero omitimos reconocer en nuestras ciudades dos linajes: la condición urbana de la ciudad de los países pobres es una condición colonial y el modelo de desarrollo urbanístico que ha predominado al menos desde la tercera y cuarta década del siglo XX es el de la ciudad yanqui. Dos antecedentes combinados que dieron lugar a grandes obras sin duda, pero que limitaron el rol de las ciudades latinoamericanas al de administradoras y beneficiarias secundarias del saqueo de sus propios países y sedes o cabeceras de la producción material y la explotación humana que, oculta a los ojos de ciudades y ciudadanos acomodados, permite sostener el mito de que el crecimiento económico o cosas tales como que la desmaterialización de la economía y la vía tecnológica, conducirán a un estado de sustentabilidad.

En ese contexto la urbanística ha encontrado un territorio muy fértil para la imaginación, la experimentación y la creación de una ficción planificadora; una realidad siempre desafiante en permanente transformación, que ha sabido aprovechar hasta cierto punto, pero sin lograr crear un modelo estable capaz de contener las fuerzas exógenas que histórica y constantemente han modelado la ciudad, al final, siempre en contra de sus propios moradores. Involuntariamente (o no), la creativa disciplina urbanística latinoamericana no ha dejado de ser una herramienta de subordinación al capital, de tramitación de la colonialidad en el plano del ordenamiento urbano. Como arte ha tenido cumbres originales en obras específicas o la concreción de modelos idealizados como Brasilia o la Plata, respondiendo en cada caso a criterios más populares o más conservadores, siempre técnicos, pero cuya sostenibilidad no pudo garantizarse, pues todas las variables previstas fueron superadas o contradichas. Curitiba, tal vez lo más logrado en

términos de sustentabilidad, es menos una invención que un proceso histórico de transformación progresiva y sostenida, pero enfrenta desde hace tiempo la disyuntiva de ser una ciudad de minorías excluyente o abrirse al crecimiento ineludible provocado por la inmigración interna. La ciudad colonial por su parte se ha reducido a centro histórico en todas las metrópolis de la región y subordinado a la peligrosa lógica destructiva de la gentrificación y explotación turística. El resto de las latinoamericanas solo crecen (pues no se desarrollan) al ritmo y del modo que el capital impone desde adentro y desde afuera, fragmentariamente y sin ningún criterio humanista. La mayoría de las intermedias apenas acreditan planeamiento alguno. Esto es innegable: problemas como inundaciones, debilidad de redes de servicios, ausencia o deficiencias graves en la gestión de residuos, carencia de legislación, graves problemas de vivienda, asentamientos informales crecientes, ocupación de zonas bajas, lechos de ríos, cañadas, segregación social, densificación intensa e infraestructural y humanamente crítica que equivale a hacinamiento planificado, infraestructuras vitaliciamente insuficientes por la extensión y los costos, ausencia y negligencia en la contención del parque automotor que en definitiva guía la obra pública, se han convertido en problemas endémicos de ciudades convertidas en centros de negocios donde los ciudadanos son lo menos importante, especialmente los pobres que son mayoría. Buenos Aires, México, Sao Paulo, Santiago, Guayaquil, ofrecen ejemplos numerosos de esta situación pese a tener un desarrollo muy importante de la planificación urbana como disciplina.

Por eso cabe preguntarse por el sentido de esa planificación alejada de la escala humana que no conecta con las necesidades reales, y seguramente más sencillas, del territorio que intenta ordenar. Que termina siempre por comprar, literalmente, modelos exógenos con frecuencia adaptados incluso por extraños. La potencia de los enfoques alternativos es débil, la ciudad de los desarrollismos es un desastre socioambiental y el planeamiento

que se practica no pasa de ser ejercicio académico que no conduce a ninguna sustentabilidad, sino, de un tiempo a esta parte, todo lo contrario.

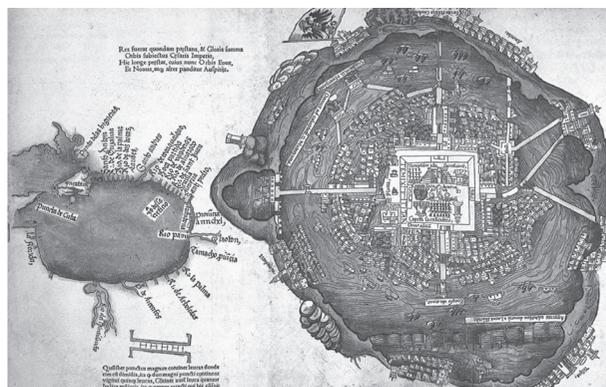
2a Escena: anécdota y perspectiva

Por algún motivo tengo fuertemente grabada una escena ocurrida alrededor de 1997/8 en la facultad de arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, en un seminario sobre planificación ambiental metropolitana, en la cual, un tan soberbio como certero Jordi Borja, en la cumbre de su fama, decía que Buenos Aires aún tenía posibilidades de ser una ciudad sustentable, y sugería que lo realizado desde el planeamiento urbano hasta entonces contradecía esa posibilidad e incluso ejemplificaba la situación en cuatro temas claves: la defensa de la línea costera como espacio público y natural, el freno a la expansión mediante una densificación planificada, la limitación del uso del automóvil privado y el fortalecimiento del Estado como gestor en diálogo con los ciudadanos; y aleccionaba a los urbanistas y arquitectos presentes a cambiar la lógica y “no seguir cometiendo errores”. Recordándolo, ahora me animo a pensar que la persistencia de este hecho en mi memoria, respondía a la desconfianza que anidaba en mí sobre el futuro de Buenos Aires, de las ciudades latinoamericanas en general y del planeamiento como disciplina capaz de encaminarlas hacia una sustentabilidad que dicho sea de paso, estaba entonces más claramente definida que ahora. Había vivido largos años en Ciudad de México y su infrenable agigantamiento, destrucción y degradación motivaba aún más mi desconfianza, toda vez que la realidad mexicana refería lo que no había que hacer y abría por tanto la búsqueda que podía conducirnos por otro camino. Buenos Aires se encaminaba a ese destino y pese a la amplia reflexión que el fenómeno urbano suscitaba en esa época, no parecía muy claro que pudiera evitarlo⁴.

.....

4 Conviene recordar que en la década del 90 y primera del siglo XXI, especialistas como Castells, Sassen, Soja, Milton

Figura 1. Mapa de Nuremberg, realizado en 1524, es el más antiguo que sobrevive de la Ciudad de México. Fuente: [https://mxcity.mx/wp-content/uploads/2017/03/mapa-768x485.jpg].



El hecho es que los asistentes se ofendieron con el atrevido disertante invitado, a quien no obstante, el tiempo y la negligencia de los urbanistas porteños le dieron toda la razón.

A 20 años de ese seminario Buenos Aires muestra todas las características de una ciudad insostenible, habiendo cumplido sistemáticamente con todos los errores necesarios para alcanzar ese estatus, como si hubiese planeado no quedar atrás en la carrera hacia la degradación urbana.

A partir de entonces la sustentabilidad de la ciudad ocupa el podio central de la reflexión urbanística y guía, presuntamente, la acción del poder público sobre la ciudad. Una moda más que un propósito, sin duda, pues la realidad parece no acusar recibo de ello o tal vez, como gustaría decir a Iván Illich, la planificación urbana ha dejado de ser una herramienta al servicio del hombre para someter a este a la línea de montaje de una disciplina que ha perdido toda escala humana y se halla subordinada exclusivamente a la realización material.

.....

Santos, el mismo Harvey o Jordi Borja e incluso antropólogos como Marc Augé o Armando Silva, entre otros, representaban un sesudo y diverso movimiento de estudios críticos de la ciudad que en los albores de la explosión globalizadora abrió un amplísimo espectro de reflexiones sobre el fenómeno urbano, su genealogía, la forma que iba tomando en cada lugar y sus futuros previsible.

La anécdota relatada anteriormente, da cuenta de un derrotero que la planificación urbana de las ciudades latinoamericanas ha seguido casi invariablemente, yendo progresivamente y en la misma medida de su tecnologización y subordinación al capital, hacia la tecnocratización y el alejamiento de la ciudadanía. Esta ruta tiene al menos cuatro correlatos sintomáticos: la expansión territorial, la explosión automovilística, la pérdida constante de espacio natural y público y la mediación informatizada en la relación con los ciudadanos. Casi los mismos tópicos que Borja marcara oportunamente, hace 20 años, como objetos a evitar.

Decíamos que la ilusión racionalista carece ya de sustento, la razón no alcanza a explicar la ciudad, si es que alguna vez pudo, y lejos del horizonte que otrora motivó en su práctica pública, sobre todo un afán democratizante, su ejercicio ha devenido casi exclusivamente irracional herramienta al servicio de la apropiación privada del espacio público urbano, carente de estrategia que no sea “orientada” por el mercado o las modas rentables económica y/o políticamente, reconfirmando su rol de administradoras y ahora también espacios mismos de saqueo, lo que se ve notoriamente en la gestión urbanística que se lleva a cabo en Buenos Aires desde 2008 y que ha llevado a algunos a hablar de extractivismo urbano (Vázquez Duplat, 2017).

Respecto al papel jugado por el planeamiento Fisher, citado por Bookchin, se preguntaba: ¿Porqué nuestras ciudades son hoy [1954] tan feas y desagradables como lo eran en el momento de la Revolución industrial del S. XIX? Y responde:

(...) El planeamiento urbano surgió en el S. XIX como disciplina caracterizada no solo porque las grandes ciudades del mundo se habían deteriorado aterradoramente, sino porque el planeamiento y, más precisamente el diseño, habían llegado a cosificarse místicamente. La noción central de que la ciudad consistía esencialmente en una distribución del espacio efectuada por el hombre asignó a la organización

del espacio problemas que básicamente son inherentes a la sociedad. Este artificioso enfoque operacional asume como ciertas las mismas cuestiones que propone resolver. Los atributos externos de una entidad (la realidad de su ubicación en el espacio y tiempo) se convierten en su esencia. El hecho más importante de que la ciudad personifica modos de relaciones sociales- que estas relaciones pueden ser jerárquicas o igualitarias, basadas en la dominación o la liberación, promover conflicto o armonía, gobernadas por el mercado o por el pueblo- es absolutamente ignorado por un tratamiento cuya base son las categorías socialmente neutras (...) El enfoque espacial del planeamiento urbano no nos proporciona criterios que permitan juzgar la viabilidad de las entidades urbanas” (Bookchin, 1974, p. 84).

3ª. Escena. Buenos Aires hoy, para muestra basta un botón

El siguiente fragmento es de un informe elaborado durante mayo de 2018 por una activa organización vecinal porteña, oponiendo sólidos argumentos en contra del proyecto gubernamental de nuevo Código Urbanístico en curso, y es revelador de esta impuesta racionalidad insustentable de la que hablamos, que supera los límites de lo urbano y tiene enfrentados a los vecinos organizados de Buenos Aires contra el gobierno neoliberal instalado hace 10 años:

Para entender la situación. En primer lugar la República Argentina tiene una densidad de 14,4 habitantes por kilómetro cuadrado (h/km²). Se encuentra en el lugar 212 de densidad de población sobre 244 países. Y es considerado un país de muy baja densidad poblacional. Uno de los más despoblados del mundo. La Ciudad de Buenos Aires, tiene una densidad superior a los 14.000 h/km². Mil veces más que la Argentina. Ya muy alta a nivel mundial. Con mayor densidad en el continente americano se encuentran Medellín en Colombia (19,700 h/km²) y a nivel mundial solo París pero con algunas ventajas en transporte y ciudades de Asia o África.

A nivel regional hay que recordar que la Ciudad de México tiene una densidad de casi 6000 h_xkm², y que la Ciudad de San Pablo tiene una densidad de 7.890 h x km². Mucho menores a la porteña. La misma Nueva York apenas supera los 10.000 h_xkm². El indiscutible líder en esta clasificación europea es París, con más de 21.000 h_xkm² que a favor suma 12m² de espacio verde por habitante. Siguen Londres con 10.500 h_xkm², Bucarest con más de 8.500 h_xkm² y Bruselas, otra ciudad de alta densidad para Europa con 6.700 h_xkm².

Entonces cuando se propone [como lo hace el proyecto gubernamental] densificar a la Ciudad de Buenos Aires, (...) se pretende llevarla a densidades muy altas. Solo con poca mayor densidad que Buenos Aires encontramos a Yakarta en Indonesia que tiene 15,000 h_xkm². A Lagos en Nigeria que tiene 16,000 h x km² y Seúl en Corea del Sur con 17,200 h_xkm². ¿Es ese el modelo al que aspiramos? Con 30.000 h_xkm² Buenos Aires sería la cuarta ciudad más densa del mundo. ¿En un país desierto?

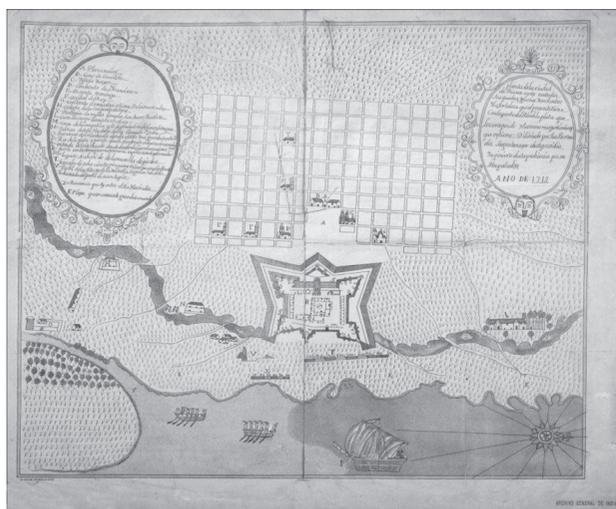
La segunda instancia de análisis del proyecto de Código Urbanístico debiera ser su integración en el Área Metropolitana cuya superficie asciende a

3.833 km², y su población alcanza los 12.800.000 habitantes. Con un promedio de 3.339 h_xkm².

¿La idea subyacente de este Código es que uno de cada cuatro habitantes del área metropolitana se mude a la Ciudad Central? ¿Sería eso sustentable para el Área Metropolitana en su conjunto? ¿Lo sería para la Ciudad?

La tercera instancia de análisis previo de situación, que el Código Urbanístico debiera abordar es la de la Ciudad construida y usada. La que este código desconoce u olvida. Hay barrios de Buenos Aires que más que duplican el promedio de densidad de la Ciudad; como Almagro (35.000h_xkm²) y Balvanera (33.000h_xkm²) o que los duplican como Recoleta (28.000h_xkm²) o Caballito (27.000h_xkm²). O que están cerca de hacerlo como Villa Crespo (24.500 h_xkm²). Viendo el cuadro anterior se entiende lo “denso” a nivel mundial que son estos números. Sin ninguna intención descalificatoria. Solo de análisis de calidad ambiental. ¿Por qué tenemos que vivir en la Ciudad de Buenos Aires como en las ciudades más populosas de Bangladesh, Pakistán, India o China? Y en nada se diferencia lo que plantea el Código Urbanístico para Villa Soldati (4.253 h_xkm²). Para este Código en el momento de plantear capacidad construable es exactamente todo lo mismo. Según varias fuentes, la Ciudad construida en los últimos 200 años acumula 220 millones de m².

¿En la primera década de este siglo se construyeron casi 21 millones de m²! ¿Los análisis censales indican que para 2.040 habrá una variación de solo 40.000 personas en la población de la Ciudad, que se encuentra demográficamente estable desde 1947, hace ya más de 70 años! ¿Porque se incorporarían más de 40 millones de m² para 2.040, para la misma población? ¿Para quién se está construyendo? En síntesis, el proyecto de Código Urbanístico no acompaña documentación respaldatoria de las tres instancias de análisis, Nacional –Área Metropolitana– Local, que son imprescindibles para su tratamiento. De igual manera adolece de un análisis del estado de situación: “dónde estamos parados”. Y tampoco hay un desarrollo del “hacia dónde vamos”. Una explicitación de lo que se pretende para el futuro de la Ciudad de



Plano de la Ciudad de Buenos Ayres, Delineado por José Bermúdez Sargento mayor destepresidio, Yngenero desta Provincia, por su Majestad. Año de 1713

Figura 2. Plano de la Ciudad de Buenos Aires elaborado en 1713. Fuente: <https://www.geografiainfinita.com/wp-content/uploads/2018/06/Plano-de-Buenos-Aires.jpg>

Buenos Aires (Desplats, 2018, párrafos 7, 8, 9, 10, 11,12).

¿Qué otra sin-razón urbanística que no responda a las apetencias del capital concentrado que no encuentra donde ni cómo invertir (o incluso lavar) sus exorbitantes ganancias, en buena medida provenientes del extractivismo agrario y minero, podría proponer elevar al doble la densidad de una ciudad que ya tiene 14000 hab., por kilómetro cuadrado, en un distrito de casi 3 millones, dentro de una conurbación de algo más de 12 millones, y en un país con más de 1,5 millones de km² con apenas 40 millones de habitantes, donde el 30% de ellos vive en esta metrópoli? ¿Al servicio de qué intereses, de qué futuro, de qué sustentabilidad se encuentra hoy la planificación urbana institucionalizada que trabaja bajo esta perversa lógica?⁵

4a Escena. Tendencias

La tendencia mundial vaticina escenarios dantescos para la mayoría de las ciudades, especialmente las mega, que en su mayoría son las de los países pobres y no se ve que la planificación pública sea capaz de aportar ninguna solución. Apenas paliativos de corto alcance para problemas estructurales de larga data y sin considerar las medidas, que ya deberían haberse tomado contra el Cambio Climático, que por ejemplo en Buenos Aires no pasan de lo retórico. El prometido código ambiental que debió anteceder al urbanístico no

.....

5 Una aclaración es pertinente. Es innegable que el nuevo Código Urbanístico de Buenos Aires plantea algunos aspectos técnicamente razonables que no viene al caso mencionar, pero como se refleja en la cita anterior, lejos de inscribirse en una lógica de escala humana y sustentabilidad, como pregona el gobierno neoliberal, es la extrema expresión del enfoque planificador que venimos criticando que tiene expresión también en otras áreas de la gestión urbana de la ciudad y nacional. En cuanto a los vecinos, solo cabe mencionar aquí que prevalece en ellos una actitud de ignorancia y delegativa respecto a las dinámicas urbanísticas, salvo en los que llamamos vecinos organizados que son en cambio grandes conocedores de la problemática urbana de Buenos Aires, pero son proporcionalmente muy pocos.

existe, el del espacio público tampoco. El código urbanístico de la ciudad rige y ordena el espacio y la acción privados, pero al ser el primero de los tres propuestos y concretado, los condicionará a su lógica siendo ellos estratégicamente más importantes, al menos en lo que a sustentabilidad respecta.

Es evidente que las únicas soluciones posibles van, necesariamente, contra los presupuestos ideológicos y disciplinares de la planificación urbana vigente, contra la economía del crecimiento urbano y en buena medida contra la concepción misma prevaleciente de la ciudad moderna. No hay sustentabilidad posible si el desarrollo es asimilado a crecimiento económico y las ciudades, más que otra cosa, son máquinas de generar riqueza material y financiera. Planificarlas hacia la sustentabilidad supone además, como principio, democratizar la planificación considerando al ciudadano como un gestor, tal como lo planteara Allen (1998) hace mucho tiempo, asumiendo que no solo el estado lo es, sino que son gestores de la sustentabilidad urbana “todos aquellos actores cuya existencia depende en mayor o menos medida de la manipulación consiente y activa del ambiente” (p. 83) una definición inclusiva que involucra a toda la ciudadanía y reclama un acuerdo ético y democrático de mínima. Así mismo la sustentabilidad urbana implicaría como criterios clave y objetivos fundamentales: minimización del uso de recursos no renovables (combustibles fósiles, biodiversidad), uso sustentable de renovables (acuíferos, suelos, aire), reducción de residuos generados dentro de la capacidad de absorción urbano regional (tratamiento de residuos tóxicos, reducción de domiciliarios y de emisiones líquidas y gaseosas), planificación demográfica (freno a la expansión y límites a la densificación y, distribución equitativa del espacio urbano) y reverdecimiento. Ninguno de estos, archiconocidos presupuestos, se ha cumplido en la mayoría de las ciudades, especialmente las latinoamericanas. Tanto como el desaliento planificado y sostenido del uso automotor y su complemento necesario: la opción del transporte público cómodo y eficiente, que, de ser

importantes, han devenido condición sine qua non de sustentabilidad. Igual que la descentralización generalizada: servicios, provisión de alimentos, energía, agua, educación, salud, trabajo, gestión integral de residuos, etc. Abandonar la vía tecnológica para la solución de todo y la consecuente movilización de ingentes volúmenes de materiales que constituyen un derroche brutal de energía. Descubrir el suelo, des-impermeabilizar la ciudad para que emerja la naturaleza que le subyace y se reconstituyan los procesos y ciclos naturales de purificación, circulación y recarga subterránea y reverdezca el espacio urbano. Crear infraestructura solo para favorecer este tipo de procesos y no otros.

Claro que ello implica ir contra las economías de escala, que siempre han sido argumento del crecimiento y la rentabilidad de la ciudad, pero que solo han favorecido el gigantismo y la concentración de la provisión de todo lo necesario para vivir con la consecuente pérdida de oficios, rutina, circuitos, hábitos locales e identidad barrial y responsabilidad y solidaridad sociales, y el enriquecimiento de pocos. Y supone indudablemente, legislar y gestionar a favor de los usos y la propiedad social y contra la apropiación privada del espacio público.

Enfocar el planeamiento hacia la sustentabilidad implicará pues, dejar de ver la ciudad como un espacio de acumulación de capital y privilegiar en ella la reproducción de buena vida. Eso sería realmente la tan mentada y bastardeada escala humana y solo así será factible y creíble la sustentabilidad urbana. Pero la “ciencia” de la planificación solo ve futuro, apenas el presente, porque todo lo que hace es operar siempre hacia adelante, incapaz de detenerse a ver la estela de desastre que deja a su paso, solo sabe crear algo nuevo para solucionar el último problema que había creado. En Buenos Aires las reservas urbanas para espacios verdes (la ciudad cuenta con apenas 6m² hab.) se venden al mejor postor para emprendimientos inmobiliarios, se acaba de reinstaurar la incineración de residuos, prohibida hace casi cuatro décadas, para cubrir la impericia en la gestión integral de residuos, y se construyen autopistas e impermea-

bilizan calzadas como nunca antes en la historia de la ciudad. Es obvio que el cambio climático no está en la agenda. En este sentido la planificación que se lleva a cabo, pues efectivamente la hay, es una clara expresión del desarrollismo (que más progresista o más liberal, comparten el carácter del espíritu tecnocientífico y productivista: que la redujo, en última instancia a administrar el circuito “de acción-construcción-destrucción” como dice el tema Trópico de cáncer de Café Tacuba (1994); con base, todavía, en un imaginario de infinitud de recursos naturales o en su seguro reemplazo, de infalibilidad creativa y tecnológica y de un desarrollo humano sostenido en el esfuerzo individual y la defensa de la propiedad: la ciudad es el último refugio de la decadente ideología del progreso. Visto en perspectiva la planificación urbana, en tanto arte de hacer de las ciudades un lugar de calidad de vida, ha sido un fracaso. Por si fuera poco esta realidad y el cambio climático que es en buena medida consecuencia de la propia dinámica urbana; acabará también, sin duda, con los privilegios de las minorías que han logrado vivir cómodamente en la ciudad.

5a Escena. La ciudad puede autodestruirse pero no se salva a sí misma, ni sola

Lo sustentable o la sustentabilidad es una condición que está todavía en trance de definición, la diversidad de perspectivas es amplísima y el uso generalizado del concepto lo ha tornado tan polisémico como oscuro. No obstante muy pronto estaremos ineludiblemente obligados a consensuar una definición conducente con base en una ética mínima, ese será sin duda un paso extraordinario. Lastimosamente, no obstante, a esta altura el costo será muy alto y las ciudades por sus características, el lugar del mayor impacto. Ya lo están siendo. En ese sentido, desde la perspectiva en que observo diría que pensar en ciudades sustentables no solo es posible sino necesario aunque solo represente una utopía, porque recuperar la utopía como esce-

nario mejor que el actual y ubicarla en el presente vivible es la condición que nos permitirá reabrir el horizonte histórico, juzgar el pasado y asegurarnos de que la ciudad del capitalismo actual no es la única ni la última posible. Y desde luego, en modo alguno un producto lógico de la evolución natural o cultural de la humanidad, aun cuando éstas pudieran estar consecutivamente relacionadas, como con razón sugiere Maya (2013), y la ciudad sea su mayor expresión; esta no deja de ser una construcción social cuya crisis no solo revela sus propios límites sino sobre todo los de toda la civilización de la modernidad. Esa es quizás la clave de la reflexión que subyace a la crisis urbana. Porque la ciudad supo ser diferente y la historia sigue. Dice Prats (2017):

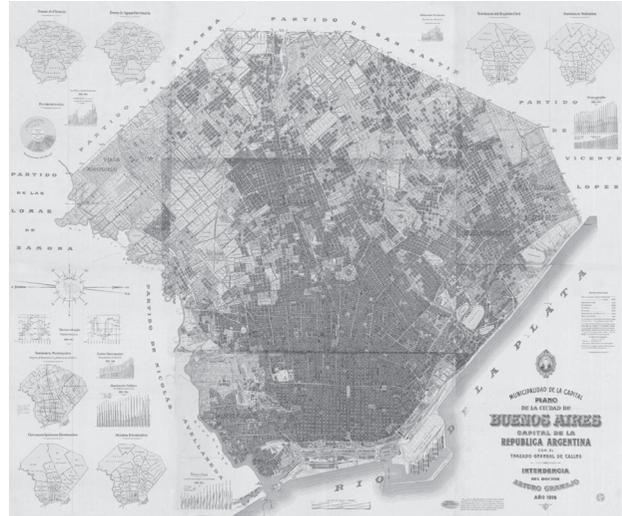
[...] sobre todo, como insiste la reciente Cumbre de Hábitat (NNUU 2016), las ciudades adquieren ese carácter central porque configuran el espacio social de unas ciudadanías que constituyen los actores clave de cualquier innovación política, cultural, de valores y, en definitiva, de cambio de paradigmas ante lo que se presenta como una transición hacia un nuevo ciclo histórico; lo que algún Nobel ha llamado, por la incidencia de los seres humanos, “el Antropoceno”. Por ello, sin un binomio institucional/ciudadano potente, consciente y proactivo, muy poco se podrá hacer para tratar de evitar una desestabilización ecológica generalizada (p. 90)⁶

La centralidad de las ciudades no está en duda, pero su potencial capacidad de transformación paradigmática, ha devenido lugar común.

Aunque, bien diferentes de la lógica de los ecosistemas, la ciudad sigue una complejísima red de relaciones y flujos cuya fisiología es del todo dependiente. Consumidora por excelencia

.....
6 Tal vez convenga aclarar que el concepto Antropoceno, introducido por Paul Crutzen en el 2000, es objeto de críticas por insuficiente para dar cuenta del móvil que ha convertido al hombre en una fuerza geológica, este sería el capitalismo y por tanto el Antropoceno o Capitaloceno no solo no sería un paso lógico en la relación de la humanidad con la tierra, sino el resultado infeliz de una reprochable manera de hacer las cosas.

Figura 3. Plano mural de la Ciudad de Buenos Aires, 1916.



Fuente: [<https://www.geografiainfinita.com/wp-content/uploads/2018/06/1916-Plano-Mural.jpg>].

retribuye poco y mal los enormes aportes que le llegan de afuera, tal desequilibrio no es propio de los ecosistemas Y de hecho cuando ocurre en ellos la resiliencia no siempre emerge ni resulta eficaz y la desintegración sobreviene como escenario posible. Por ello la ciudad resiliente es más una figura ideal que una posibilidad que pueda concretarse con eficacia, y su ajenidad urbana respecto de los procesos ecosistémicos es tal, que tampoco del plano institucional/ciudadano puede esperarse mucho. Más bien creo que la ciudad es un modelo de relaciones contra ecosistémico. Siempre lo fue, aunque hubo estadios con interesantes grados de articulación sustentable. Es que la ciudad no puede existir sin el territorio que la contiene y la abastece y sin rearticularse sosteniblemente con él, menos sobrellevar sin su asistencia las vicisitudes del cambio climático; un mundo de solo ciudades sería inviable. Desde esta perspectiva y las escalas que supone –que trascienden necesariamente lo específico o meramente urbano para conectarse con el territorio/naturaleza que le preexiste y soporta, rodea, enmarca y provee– sin re-abrirse a él en una articulación armoniosa, equitativa y consciente, las fuerzas urbanas no podrán todavía

por sí mismas conseguir la transformación que se plantea, pues ello supone resignificar la noción misma del habitar y del habitar la ciudad, y eso solo será posible en articulación con actores sociales no urbanos que tienen necesidades y visiones complementarias y representan al “otro” territorio, también resignificado, de donde proviene todo lo que la ciudad requiere, ese que, en tanto opuesto, *significa* a lo urbano.

El campo, pero concebido ampliamente como el lugar donde la naturaleza se reproduce de muy diversas formas y garantiza con amplios márgenes de autonomía la reproducción de la vida, no el campo del todo antropizado e industrializado, es condición de supervivencia de la especie, de la vida y de las ciudades. La industrialización del campo, la puesta del espacio agrícola, forestal, mineral, fluvial y marítimo bajo la lógica productivista del capital interviene, desnaturaliza, coloniza y asimila las dinámicas ecosistémicas a la lógica urbana, privando, paradójicamente, a la ciudad que abastece de aquello que le es indispensable para su supervivencia. Se trata de un urbanicidio, pues esa lógica de ocupación y uso extractivista del territorio, tiene un cortísimo horizonte productivo, ecológico y ninguna capacidad de resiliencia. Por eso repensar la planificación urbana incluye generar flujos de migración inversa y eso supone repensar simultánea y complementariamente el repoblamiento del campo. Insistir en imaginar soluciones posibles sin revertir la tendencia demográfica hacia la urbanización, es un ejercicio estéril. Y otra vez, estamos frente a la necesidad de aplicar estrategias que van contra todos los principios de la economía capitalista. Las ciudades son además ingobernables porque ingobernable es lo mega extendido, lo mega poblado, lo mega empobrecido, lo mega degradado. El sistema democrático arriesga sus ya devaluados valores en una apuesta ciega a la gobernabilidad de un mundo excluyentemente urbano, en sí mismo una contradicción. Lo dice Maya (2015, p. 19): no hay ninguna posibilidad de que los problemas ambientales creados por el proceso de urbanización puedan ser solucionados dentro del actual estilo

de desarrollo. El hecho de que en la actualidad las ciudades sean más importantes (porque en tanto mercados masivos y concentrados son económicamente más relevantes) que los países, no solo revela la invisibilización del territorio no urbano (su negación) sino la de las naciones como hechos y símbolos aglutinadores de identidades, historia y geografías. En un sentido la ciudad moderna (heredada de la ciudad burguesa) es un espejo del capitalismo y como con él, hemos internalizado la idea y creado el imaginario de que no hay otro orden social posible. Ese es el triunfo hegemónico del pensamiento liberal moderno, un infortunado triunfo que encierra su propio final, como lo decía Bookchin (1974):

(...) De la misma manera que cada fase o momento de la ciudad tiene sus propios límites internos, la megalópolis representa los límites de la ciudad en cuanto tal (de *civitas* como entidad diferenciada de la *communitas*). El principio político, cuya forma es el estado, disuelve los últimos vestigios del principio social, reemplazando todos los vínculos comunitarios por otros burocráticos [hoy virtualizados]. El espacio personificado y la escala humana se desintegran en el espacio institucional y el gigantismo urbano, jerárquicamente fundamentados en la dominación impersonal del hombre por el hombre y en la destrucción de la naturaleza por una sociedad rapaz cuya única motivación es la producción por la producción. Esta anti-ciudad [...] no puede ser escenario de comunidad o asociación genuinas. La megalópolis constituye a lo sumo un conglomerado de enclaves unidos internamente, no por armonía positiva de los impulsos creativos sino por la hostilidad hacia otros (...) se descompone física y moral y logísticamente, pues ni siquiera funciona, según sus propios valores, como escenario eficaz para la producción y comercialización de mercancías. La megalópolis es una fuerza activa de disociación social y disolución psíquica, es la negación de la ciudad como escenario de proximidad humana y tradición cultural palpable y como lugar de convergencia de energías creativas del hombre (p. 115).

Y completa Lewis Mumford (1938):

La megalópolis aparece en una época de expansión cultural, en una era de estudio y de conocimiento científico basado en tablas: investigación estéril, aparatos exactos para registrar los hechos y técnica refinada sin relación con la finalidad racional o con las posibilidades últimas de la acción social: alejandrino. Creencia de que en todos los órdenes de la vida rigen las cantidades abstractas: los monumentos más grandes, los edificios más altos, los materiales más costosos, el suministro mayor de alimentos, el número mayor de votos y la población más grande. La educación adquiere un carácter cuantitativo: dominio de la máquina de rellenar y de la enciclopedia y asimismo dominio de la megalópolis considerada como enciclopedia completa: lo contiene todo. El saber se divorcia de la vida; la vida misma se fragmenta en compartimentos y finalmente queda desorganizada y debilitada (...) (p. 78)

La longitud de las citas vale la pena porque, creímos, sin fundamento alguno, solo por el efecto inercial que ejerce la internalización del pensamiento hegemónico, que estos vaticinios no se cumplirían. Lamentablemente no fue así y con matices el desastre previsto por estos visionarios, se cumple inexorablemente.

6a Escena. Crónica de un destino anunciado. Los límites epistémicos del planeamiento

Acaso hubo un atisbo de humanización coincidente con la crítica ecologista, la crisis petrolera y los propios límites que la ciudad revelaba como espacio habitable humanamente, allá por los años 60 y 70 de lo que ya dan cuenta las citas anteriores. Pero se resolvió, no casualmente, de la misma manera que las cíclicas crisis económicas capitalistas, apostando a la exacerbación de todos los males que le habían dado origen: más consumo, más producción, más concentración, más tecnología, todo lo que era, y es equívoco sinónimo de

calidad de vida. De persistir esta insensata lógica, no hay proyección futura posible que no sea desastrosa. ¿Tiene entonces alguna proyección sustentable la ciudad del presente?

Seguramente dependerá de qué ciudad se trate, pero diríamos en seguida –evocando a Marx– que, como el capitalismo mismo, la ciudad burguesa/moderno/capitalista carga el germen de su propia destrucción/superación. Asumiendo desde luego que el modelo hegemónico de ciudad ampliamente extendido actual es occidental, tal planteo abre otra pregunta que propone responder de manera interesante Caballero Galván (2018). ¿Es esta ciudad una imposición espacial capitalista/patriarcal [sic] que forma parte de la estrategia y los mecanismos modeladores de la colonialidad? Evidente es que, en América latina, después o en forma simultánea a la destrucción producida por la conquista, momento en que, según Dussel (1994), la modernidad nace realmente; lo hace también la tradición que daría lugar a la ciudad burguesa latinoamericana. Por lo cual el planeamiento, que nació siglos después, lo hizo atrapado epistémicamente en la colonialidad. En el marco de la proposición de Soja, de que la ciudad habría preexistido a la agricultura y no al revés como ha sido la interpretación usual -lo cual pone de cabeza las interpretaciones sobre el origen y el papel de las ciudades en la historia-, Galván (2018) sugiere que la configuración del espacio urbano precedió a la modernidad y de hecho contribuyó a originarla, no al revés.

En mi opinión, parece más completo pensar que esa relación fue dialéctica y que las transformaciones en la percepción de lo espacio/temporal motivada por diferentes causas hacia el fin de la edad media influyeron en el “diseño” que adoptó la ciudad, y a la inversa, que la configuración de la topografía que las relaciones humanas generaban mediadas por el plano de las economías emergentes influyó en la percepción espacio/temporal. En cualquier caso “el espacio/tiempo, de ser nociones difusas utilizadas como parte integral de la vida cotidiana y de las creencias metafísicas,

pasarán a convertirse en *magnitudes cognoscibles y mensurables*, un cambio –dice Galván– en la narrativa epistemológica que permitirá desarrollar la colonialidad y el colonialismo de los mundos que el *sujeto universal* [occidentalizado] se creía con derecho a poseer. En ese caldo de cultivo nació la ciudad latinoamericana y cristalizó su condición colonial, hasta ahora. Salvo en la forma, quizás no hay, en mi opinión, nada que demuestre que esta condición se haya modificado de fondo.

No tenemos más espacio para ahondar en esta sugerente hermenéutica que Galván propone desde el marco del pensamiento de-colonial. Pero si suscribimos la tesis pues una cosa es cierta: la única forma de evitar que la ciudad colapse es repensarla desde paradigmas “otros”, algo que el planeamiento no ha hecho. Que necesariamente habrán de estar informados por las tradiciones subalternizadas que conocieron también el arte de hacer ciudad, y por aquellas visiones que reclaman y reivindican un lugar para los saberes y los cuerpos de viejos y nuevos sujetos sociales portadores de otras sensibilidades que fueron –y son aún– sistemáticamente marginados, como los llamados pueblos originarios, los feminismos y las perspectivas de género, los mismos inmigrantes, así como los que, retomando la tradición crítica postmarxista y de la economía clásica, repensaron como Goergescu-Roegen (1977) una nueva configuración ecológico-económica posible para la relación entre sociedades y naturaleza, tal como lo hace hoy la Ecología Política. Se trata de pensar la ciudad con y desde las personas y grupos sociales que fueron y son, con sus saberes y sus particulares formas de verla y vivirla, excluidos del diseño urbano occidental moderno/colonial.

Pero al referir a los sujetos excluidos es ineludible incluir a quienes han sido, son, actores no urbanos, habitantes de una realidad extraurbana que se ha modificado y degradado en relación, forma y proporción directa al crecimiento urbano; el espacio agrario del pequeño productor, cuyos habitantes son aún principales proveedores de alimentos y muchas materias primas que consume la ciudad y

en buena medida receptores de sus desechos. Ese espacio, ese mundo socio ambiental que hay que imaginar con base en lo que fue, como una red de producción de bienes necesarios para la vida y de cultura local, habrá de ser reconstituido y nuevamente articulado en y para una configuración sustentable del hábitat humano. De este modo, en algún sentido estamos pensando en superar la ciudad como escenario y proyectar la vista hacia una configuración que la incluye y seguramente en forma principal, pero no exclusiva, ni más importante. Ese sería el territorio integrado, objeto de una planificación sustentable, de una mirada y una acción que ordena para una buena vida sostenible, la relación de los espacios urbanizados con los no urbanos, de los grupos humanos con la naturaleza. Un dejar de mirar la propia realidad como si fuese única para proyectarse hacia lo otro, negado, sin lo cual no se sostiene, y retribuirle un reflujo de aquello bueno que sin duda la ciudad genera. Por eso, desde esta perspectiva, planificar la ciudad hoy con la sustentabilidad como horizonte, equivale a detener su crecimiento en todos los aspectos, a evitar proyectar y perfeccionar sus procesos endogámicos, deconstruirla, hacerla decrecer y reconectarla creativa y saludablemente con mundos socionaturales no urbanos que deben ser, a su vez, preservados y/o recreados en esa relación.

Nuevo contrato natural, lo no urbano como afirmación y *otredad*

Es necesario reconocer que la representación de lo natural y de la relación sociedad naturaleza generada por la cultura occidental capitalista y decantada en la idealización de la ciudad como cumbre de la calidad de vida, es un elemento clave que está siendo poco a poco socavado por la propia ficción del bienestar urbano y es necesario contribuir a ello para abrir el camino a una representación totalmente diferente de lo urbano integrado a lo rural, es decir, reintegrado a la naturaleza como parte de su misma proyección (Maya, 2015).

Aceptar definitivamente la hegemonía de lo urbano y postular que, pese a la paradoja que representa, solo de allí podrán surgir las soluciones a la crisis ambiental como se ha derivado de la sobrevaloración de la ciudad como modelo de hábitat humano, es condenar al campo a su rol de almacén y negarse a ver que en ese “otro” territorial se cuecen ideas y experiencias diferentes acerca del habitar y probablemente mucho más simples, racionales y razonables en términos de relación con la naturaleza, calidad de vida posible, necesaria y suficiente, que las que promueve ilusoriamente la realidad urbana.

La ciudad busca otro sentido posible, toda vez que ha dejado de ser el lugar del buen vivir y esta noción, en cambio, emerge en América latina sobre la base de otras tradiciones y otros paradigmas ofreciendo alternativas para habitar –*morar*– la tierra, estrechamente ligadas al mundo rural. No es posible, pues, arreglar la ciudad sin refundarla, re-fundamentarla y hacerlo implica reinventarla.

No se trata de acabar con ella, sino de que la ciudad solo puede ser repensada en el marco o en tránsito hacia otro paradigma civilizatorio y en ese marco, carece de sentido hacerlo si no se piensa la totalidad del territorio y además no del territorio jurídicamente delimitado, sino ecológicamente delimitado y culturalmente situado y referenciado. Como propusiera anticipadamente Bookchin “para restaurar la urbanidad como medio significativo de asociación, cultura y comunidad, es preciso destruir antes la megalópolis y reemplazarla por nuevas eco-comunidades descentralizadas y cuidadosamente adaptadas al ecosistema en el que se sitúan (...)” (1974, p.115-116)⁷. Y ahora, considerar a la naturaleza como sujeto de derechos.

.....

7 El fragmento más extenso redondea la imagen de nueva articulación que Bookchin tiene en mente: “Podemos afirmar que tales eco comunidades poseerán los mejores rasgos de la polis y la comuna medieval sostenidos por ecotecnologías maduras que rescaten los elementos más avanzados de la tecnología moderna (incluidas las fuentes de energía eólica y solar) a las dimensiones locales. El equilibrio entre la ciudad y el campo será restaurado (...) como ecocomunidad funcional interactiva capaz de unificar industria con agricultura, trabajo

Lo “otro” no urbano como afirmación

Supo decir John Berger (2011) en su *Puerca tierra*: “Este siglo, con toda su riqueza, con todos sus sistemas de comunicación, es el siglo del destierro generalizado”.

Todos los campesinos a lo largo y ancho del mundo [...] independientemente de que trabajen en el seno de una sociedad capitalista, feudal, u otras de más difícil clasificación, independientemente de que cultiven arroz en Java, trigo en Escandinavia o maíz en Sudamérica, en todas partes se puede definir al campesinado como una clase de superviviente (...) [pero] campesino denota alguien que ha vivido y superado trances muy duros (..) persona que ha seguido viviendo cuando otras han desaparecido o perecido... (Berger 2011, pp. 233-255)⁸.

Esa clase de humanos, sobrevivientes, con frecuencia étnicamente peculiares que con razón o sin ella resiste la alienación urbana ha sido y es la retaguardia que garantiza la reserva de naturaleza y alimentos que los urbanitas necesitan para sobrevivir. Y por cierto, la reserva de cultura que esa defensa y esa producción suponen.

Hoy por una parte, se reafirma la hegemonía de la sociedad urbana, pero por otra se afirma el surgimiento de una nueva ruralidad, un campo resignificado, reemergente y diverso, en el cual colectivos humanos revalorizan la construcción de vida social, más allá de la ciudad. Pero también por el hecho de representar el espacio capaz de

.....

mental con trabajo físico, individualidad con comunidad. La naturaleza no se verá ya reducida a un mero símbolo de lo natural objeto espectacular desde una ventana o un paseo sino que se convertirá en parte integrante de los diversos aspectos de la experiencia humana, desde el trabajo hasta el juego. Solo así se podrán integrar las necesidades de la naturaleza con las de la humanidad y generar una auténtica conciencia ecológica que trascienda el criterio ‘ambiental’ del ingeniero social y sanitario”. (pp. 115-116)

8 Vale la pena leer la descripción completa que Berger hace de los campesinos y su manera de ver el mundo, fuera de la lógica progresista urbana y moderna, para comprender la importancia de su rol hacia la sustentabilidad.

producir alimentos sanos, agua pura, paisaje, vida y comunidad y preservarlos.

Y si bien como sugiere Figurelli (2016), más que un tipo social sustantivo, el campesino actual, en América Latina, revela una identidad compleja de oposiciones constitutivas; la significatividad del sector es enorme en todo el mundo, si consideramos que existen 1.5 billones de campesinos y campesinas trabajando en 380 millones de fincas, más 800 millones que producen en huertos urbanos. 410 millones recolectan las cosechas ocultas de bosques y sabanas. 190 millones son pastores y más de 100 millones pescadores artesanales. De todos ellos, al menos 370 millones son pueblos indígenas. En conjunto, estas campesinas y campesinos son más de la mitad de la población mundial y producen al menos el 70% de los alimentos (Grupo ETC, 2017).

Por eso quizás el primer reconocimiento necesario pase por volver a nombrar lo no urbano positivamente, es decir no como externalidad, ajenidad, exterioridad instrumentalizada del proceso urbano, sino como una realidad sustantiva, significativa, habitada, necesaria y complementaria. Pensar lo no urbano como un territorio “otro” también subalternizado como correlato del avance urbanizador, un espacio vivo con sujetos capaces de aportar saberes diferentes que no necesariamente aspiran a lo urbano. Susceptible de ser considerado, rearticulado, consultado, integrado a la reflexión y la praxis más amplia e integral del habitar/ser en el mundo. En esta línea, y en perspectiva de ecología política, la dilución de la polarización campo ciudad se transformaría para dejar de ser una dicotomía y reconfigurarse como geocultura (Kusch, 1976), articulación dinámica eco determinada, recuperando también en ese tránsito la concepción dialéctica del espacio (¿ahora *rururbano*?) según fue propuesta por Soja, como un espacio histórico-social-espacial en el cual se integra la dimensión simbólica, “un espacio donde todos los lugares están [...]” (Hernández Cordero, 2008, p. 92); un Aleph, Borges (1965) dice que entendemos, como una forma de mirar donde presente, pasado y futuro, todas las otredades y todos los territorios, ocupan el mismo punto simultáneamente.

7ª Escena. La paradójica potencia transformadora de la cultura urbana

Paradójicamente, la ciudad ha sido siempre el lugar de la cultura; ésta es deudora de la reunión, la comunicación, el intercambio, la confrontación de lo diverso, espacio donde lo esencialmente humano se sustancia adquiriendo infinitas configuraciones. La creatividad se potenció en las ciudades y la libertad de la imaginación que propicia ese espacio cerrado sobre sí mismo pero intenso, contrastó con la pasividad contemplativa y conformista de la vida campestre o campesina. Sin embargo, la exacerbación de todas las escalas en todos los planos de lo urbano y la progresiva mercantilización de la vida en todos sus aspectos, más la reciente digitalización de buena parte de las industrias y ofertas culturales y de la comunicación, ha terminado por reducir y pervertir esos valores y con ello la misma comunicación y el intercambio densos, es decir significativos, que se resienten y simplifican hasta degradarse y segregarse. De tal suerte que no solo la mega ciudad se sub-disfruta espacialmente y sub-aprovecha culturalmente, sino que el imaginario de la naturaleza se oblitera, los espacios no urbanos reemergen distorsionados, se añoran, pero se naturaliza un modo urbano de concebirlos y aprovecharlos. Se culturizan con criterios urbanos; lo extraurbano se modeliza a su imagen y semejanza y las diferencias entre uno y otro se borran. El campo se invisibiliza como realidad diferente, autónoma, la naturaleza que es reincorporada al imaginario social a través de la imagen virtual. Es cierto que cualquier urbanita gusta salir de campamento, ir al mar o salir de caminata. Pero la mayoría no tienen ningún interés genuino en el campo o en la naturaleza. Ahora todo es urbanidad. Así pues, no solo la urbe como artefacto está en crisis, sino la urbanidad como cultura en la medida que su perspectiva hegemónica las formas de mirar y vivir el mundo, simplificándolas y reduciéndolas.

Pero la cultura es como el agua que siempre reemerge, encuentra sus propios cauces y circuitos



Figura 4. Arte urbano. Fuente: [https://la.network/wp-content/uploads/2017/05/Ark_-_chapinero_jardín-.jpg]

de purificación; es una corriente incontenible que traza constantemente nuevas topografías, solo la guerra ha sido capaz de suspenderla.

Es cierto que la cultura en sentido amplio también ha sido sometida, en línea con la mercantilización de todas las esferas de la vida, con la destrucción del tejido de solidaridad, la empatía social, la exacerbación de las diferencias generacionales, morales, raciales y de clase, que se reflejan en la preminencia adquirida por los bienes materiales y los hábitos que éstos inducen transversalmente y dramáticamente en sectores cuya condición económica es transitoria y hasta precaria en una predisposición reactiva y selectiva al rechazo de lo “extraño” cultural; aquello que presuntamente podría poner en riesgo la precaria y mezquina estabilidad conseguida; o cuestionar un estilo de vida determinado, el que fuere.

Al respecto Cortina (2017) opina que pese a que este “instinto defensivo” podría ser un rasgo histórico propio de la idiosincrasia humana, especialmente visible en la configuración urbana. “Esta xenofobia sería menos rechazo cultural que ‘aporofobia’: “[...] rechazo, aversión, temor, desprecio hacia el pobre, el desamparado, el que al menos en apariencia no puede devolver nada bueno a cambio” (p.14) y que en modo alguno representa una actitud histórica ni propiamente humana, sino es producto del mundo actual y especialmente de su ciudad, un rasgo de la cultura del odio instaurada por la exacerbación del individualismo egoísta del pensamiento neoliberal “que cumple una misión ideológica” (p. 80)

y encuentra especial viabilidad en la pretensión de un ordenamiento social/urbano objetivante que simplifica un acontecimiento cuya estructura genética e histórica es, como dice Noguera (2004), de índole de los sistemas complejos.

La paradoja reside sin embargo en que si algo caracteriza a la ciudad moderna del siglo XXI es precisamente el caos y la emergencia de las subjetividades e identidades colectivas como categorías vivas y activas que combate, y suele triunfar sobre aquel flagelo discriminante disloca todo intento de objetivación máxima en la visión de lo urbano, aspiración del planeamiento racionalista. Porque estas identidades son a la vez hijas de la gran ciudad y unas de las fuerzas más revolucionarias y en buena medida inefables que actúan en ella. La cultura o mejor, las culturas urbanas son el único sobreviviente de la metrópoli del siglo XXI, de hecho han renacido, lo que no significa que vayan a salvarla, pero al menos la recrean constantemente.

Este factor resumido en la noción categorial “otredad” que gravita sensiblemente en la actual visión de toda la realidad cultural-territorial del mundo y lo hace muy especialmente en la ciudad, se ha instalado nodal y necesaria para comprender los procesos de configuración del espacio socio ambiental urbano. Una noción antigua y muy re-visitada especialmente por el pensamiento posmoderno, que tiene historia y escenario propio en América latina y refiere, precisamente al reconocimiento de la riqueza de la multiculturalidad que suele acompañar también el derrotero de las otredades subalternizadas en la fragmentación y la desterritorialización, que al decir de Noguera (2004), operan como eventos rizomáticos, insoslayables de la vida urbana contemporánea. Pero a partir de lo cual es posible asumir, contrariamente a las tendencias globalizantes, que la diferencia y no la homogeneidad son, no solo condición inherente de lo urbano, sino base de toda igualdad y justicia posible.

Pero aún hay más, estos eventos remiten a su vez a dos aspectos marginados por la visión tecnocientífica de la modernidad [urbanizada]: cuerpo

y mundo de la vida (Noguera, 2004)), aspectos que al ser reincorporados a una hermenéutica que asume la imposibilidad de encontrar límites definidos entre naturaleza y cultura, reclama para comprender –y eventualmente salvar– lo humano/urbano y también lo no urbano, re-vincular lo urbano con lo rural a través de una ética/estética capaz de re-relacionarlos en un bucle (Morín, 2009) retroactivo y concebir la sustentabilidad a partir de allí.

La ciudad no se deja planificar. El caos urbano es tan entrópico como autopiético, su objetivación es un imposible. Especialmente en América latina donde, antes que medible, la ciudad es un acontecimiento cultural, “una alteridad inestable, una experiencia mutante” (Noguera, p. 147). Difícilmente la disciplina planificadora de occidente pudiese comprender esta realidad. Y no podrá ahora prever los escenarios socio-ambientales del cambio climático.

La derivación de este reconocimiento debería ser, la inclusión, la apertura a la participación, la co-gobernanza. Exactamente lo inverso de lo que los gobiernos urbanos acostumbran. Porque si la diversidad generalizada a que ha dado lugar la ciudad capitalista, como probablemente no hubiese sido posible en contextos menos globalizados e incluso menos decadentes, es expresión liminar de la fragmentación, la xenofobia, la aporofobia, la acracia y el individualismo y es un escenario definitivamente insustentable, no podrá ser otro el lugar donde todos esos males o defectos habrán de conjurarse; a condición claro, de ser destruida, reconstruida y reubicada, en el doble sentido territorial e imaginario, en un escenario de decrecimiento y transición al pos-capitalismo, con base en una ética de mínimos conseguida mediante un amplio diálogo cultural de saberes y aspiraciones que incluya, claro está, a su alter ego, el espacio no urbano. Que aspire a un re-equilibrio epistemológico, a una limitación de la epistémica hegemónica (Fornet-Betancourt, s.f.) sobre la visión de la ciudad que viene. Tal escenario dialógico solo es posible sobre la base de reconocer que

a todos nos irá mejor juntos y cooperativamente, en línea con una ética de la otredad⁹. Una ética del reconocimiento de la otredad como necesaria para la propia existencia. Una ética sistemáticamente socavada por el urbanismo moderno-capitalista.

Finalmente la ciudad no es un hecho dado; del mismo modo que el sistema económico y social que vivimos, ha sido socialmente construida y por ello no ha dejado de ser socialmente transformable. Cabe pues, dudar siempre acerca de qué significa ser un ciudadano. Sabemos, que ser ciudadano es más que habitar, vivir, gozar y sufrir la ciudad. Supone un cierto compromiso con ese espacio y con los otros seres que lo cohabitan. La naturaleza ética de ese compromiso o su ausencia, lo que mucho se relaciona con la democracia y su calidad, determina no solo la condición de ciudadano sino de la ciudad misma y sus sustentabilidad posible. Tenemos ante todo que ser capaces de dominar las fuerzas que presionan al individualismo y anteponer valores solidarios y culturalmente dialógicos a todo estímulo fragmentador y disolvente de lo comunitario.

Referencias bibliográficas

- Albarrán, R.; Real, E.; Arroyo, E. y Rangel Arroyo, J. (Café Tacuba) (1994). Trópico de cáncer. Álbum Re. CD. WMG (on behalf of WM México); UBEM, Warner Chappell. Recuperado de: [<https://www.youtube.com/watch?v=eXbJIcfrwyw>].
- Allen, A. (1998). *Ecología Política y Teoría de la Sustentabilidad Urbana*. Módulo 214 Posgrado GAM. Buenos Aires. Facultad de Arquitectura y Urbanismo- UBA.
- Berger, J. (2011). *Puerca tierra*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Bookchin, M. (1974). *Los límites de la ciudad*. Madrid: Blume.
- Borges, J. L. (1965). *El Aleph*. Buenos Aires: EMECÉ

9 Puede verse especialmente Hinkelammert (2010).

- Borja, J. (2014). *La ciudad Conquistada*. Madrid: Alianza Editorial.
- Caballero Galván (2018). El giro decolonial en la producción del espacio urbano-arquitectónico. *Revista electrónica Iberoamérica Social*. Febrero 2018. Recuperado de <https://iberoamericasocial.com/giro-decolonial-la-produccion-del-espacio-urbano-arquitectonico/>
- Subsecretaria de Planeamiento Urbano (2018). *Código Urbanístico de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina. GCBA.
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre*. Buenos Aires: Paidós.
- Desplats, G. (2018). Análisis de la construcción en la Ciudad de Buenos Aires en la primera década de este siglo Proto Comuna Caballito, Buenos Aires. Proto-comuna Caballito. Recuperado de <https://protocomunacaballito.blogspot.com/2018/05/codigo-salame.html>
- Dussel, E. (1994). 1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad. UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Colección Académica no. 1. La Paz. Plural Editores. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20111218114130/1942.pdf>
- Figurelli, M. (2016). Alimentación, vida y naturaleza: La construcción de lo campesino entre movimientos populares agrarios. *Revista electrónica Mundo Agrario*, N°17 (36). Recuperado de <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAe037>
- Fornet-Betancourt, R. (s/f) La Interculturalidad a prueba. Recuperado de <http://www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1210106845.pdf>
- Garrido Ramos, B. (2015). Colonialismo, colonialidad y modernidad. *ArtyHum Revista Digital de Artes y Humanidades*, sección de Cultura, n° 8 pp.68-80. Vigo. Recuperado de file:///C:/Users/20145918597/Downloads/COLONIALISMO_COLONIALIDAD_Y_MODERNIDAD.pdf
- Georgescu-Roegen (1977). Qué puede enseñar a los economistas la termodinámica y la biología, traducido en Daly, Herman (1989), *Economía, ecología y ética*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Grupo ETC. (2017). ¿Quién nos alimentará? ¿La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial? Recuperado de http://www.etcgroup.org/es/quien_alimentara
- Hardin, G. (1968). The Tragedy of Commons, en *Science*, v. 162, pp. 1243-1248. *Gaceta Ecológica*, núm. 37, México, Instituto Nacional de Ecología.
- Harvey, D. (2005). El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión. *Socialist register 2004* Buenos Aires: CLACSO.
- Hernández Cordero (2008). De la dialéctica a la Trialéctica del espacio: aproximaciones al pensamiento de Milton Santos y Edward Soja. *Researchgate.net*. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/303044332_De_la_dialectica_a_la_trialectica_del_espacio_Aproximaciones_al_pensamiento_de_Milton_Santos_y_Edward_Soja
- Hernández Cordero, A. y Tutor Antón, A. (2014). Espacio público: entre y la dominación y la(s) resistencia(s). *Ciutat Vella, Barcelona. Revista Encrucijadas - Crítica de Ciencias Sociales* N°8, pp. 129-149. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4999329.pdf>
- Hinkelammert, F. (2010). *La maldición que pesa sobre la ley: Las raíces del pensamiento crítico en Pablo de Tarso*. San José: Colección Universitaria, Edit. Arlequín
- Illich, I. (2007). El silencio es un bien comunal. Recuperado de <https://www.grain.org/es/article/entries/1141-el-silencio-es-un-bien-comunal>
- Kusch, R. (1976). *Geocultura del Hombre Americano*. Buenos Aires. Argentina. Edit. García Cambeiro. Recuperado de <https://ifdc6m-juj>

- infd.edu.ar/aula/archivos/repositorio//500/534/Rodolfo%20Kusch%20GEOCULTURA_HOMBRE_AMERICANO.pdf
- La Vía Campesina (2011). La agricultura campesina sostenible puede alimentar al mundo. Documento de Punto de Vista de la Vía Campesina. Yacarta. Alainet.org. Recuperado de <https://www.alainet.org/images/Agriculturacampe-sina.pdf>
- Maya, A. (2015). *Hacia una Sociedad Ambiental*. Segunda edición. Publicación en línea Sitio oficial A.A Maya. Recuperado de www.augustoangelmaya.com
- Morin, E. (2006). *El método*. Tomos 2 y 3 Madrid, España. Catedra.
- Mumford, L. (1938). La Cultura de las Ciudades, tomado de Homobono Martínez-2003. La ciudad y su cultura, en la obra de Lewis Mumford, p. 229). Recuperado de <http://www.eusko-ikas-kuntza.eus/PDFAnlt/zainak/23/01750256.pdf>
- Noguera, P. (2004). *El reencantamiento del Mundo*. Bogotá: PNUMA.
- Prats, F. (2017). Crisis climática, ciudades y ciudadanía. Revista Contexto CTXT, Nro. 148 2017. Recuperado de <http://ctxt.es/es/20171220/Politica/16768/ciudades-sostenibles-cambio-climatico-transicion-energetica-resiliencia-fernando-prats.htm>
- Quijano, A. (2014). Cuestiones y Horizontes. De la dependencia Histórico-Estructural a la Colonialidad/descolonialidad del Poder. Buenos Aires: CLACSO
- Sessano, P. (2015). Pensar la Ciudad desde la Educación Ambiental. *Revista Voces en el Fénix* Nro.47. Buenos Aires. Recuperado de <http://www.vocesenelfenix.com/content/pensar-la-ciudad-desde-la-educaci%C3%B3n-ambiental>
- Vásquez Duplat, A. M. (2017). Compiladora. Extractivismo urbano: debates para una construcción colectiva de las ciudades. Fundación Rosa Luxemburgo; Ceapi; El Colectivo 2017. Buenos Aires. Recuperado de <https://rosaluxspba.org/wp-content/uploads/2017/07/Extractivismo-Urbano-Final-Paginas-Nueva-Version.pdf>